

# En primera persona

## CRONICA DE UNA HISTORIA INDOCUMENTADA: DE CABRA A ARGENTINA.

**Emilio Galera López**

*A Antonia Galera.*

*A sus más de doscientos descendientes en tres generaciones.*

*De ellos/as, con inmenso cariño a Julián, Liliana y Rosario.*

*A Argentina. Y a Cabra del Santo Cristo.*

*M*is dedos tienen el honor de poner palabras a lugares y gentes que transitan algunas ventanas de mi memoria y de mis afectos más hermosos. Ser escribano de la memoria de otras personas, es a veces encontrar la propia memoria de quien se es. Es una tarea de “patchwork”, esas colchas que tantas veces hemos visto en las películas de los Estados Unidos y las cuales tienen un protagonismo especial en la película “Dónde habita el amor”. En esta película (no especialmente buena salvo para fans de Wynona Rider) un grupo de mujeres, mientras confecciona una de estas colchas para una joven que va a casarse, rememoran sus propias historias personales, en las que inevitable e indudablemente aparece el amor, a veces el desamor.

Me gustaría tener la traducción castellana de “patchwork”. La palabra colcha se me antoja escasa en su significado, pero no hallo en mi léxico una palabra en la que acomodar ese hilvanar retales. Pero quiero invocar otra que si creo conocer, como es la de memoria, la memoria biográfica de cada persona, habitada por paisajes y paisanajes íntimos. En este caso, quiero hilvanar con la aguja e hilo del aprendiz de notario de biografías, los retazos de una historia en la que se unen memorias antiguas y recientes: la memoria de quienes no están, y la memoria de quienes recuerdan a quienes fueron, a quienes estuvieron.

Esta historia adolece de fechas precisas, documentos, incunables o legajos. Es una “historia sin papeles”, indocumentada, y en ella abundarán precisamente indefiniciones numéricas, calendarios desordenados, versiones sin coartada. Pero no por ello deja de ser una historia.

Una primera imprecisión es la de los millones de personas que arribaron al puerto de Buenos Aires entre el año 1850 y 1950. Se habla de una cantidad probable de entre veinte

y treinta millones de personas. Entonces, el puerto de Buenos Aires (de ahí viene el apodo "porteño" o "porteña" a las gentes que habitan la capital de Argentina); era la principal puerta de acceso a América del Sur de los/as inmigrantes que provenían de Europa.

La cifra, evidentemente al margen de su imprecisión, evidencia la importancia del flujo migratorio de la época, y esa magnitud a veces nos puede hacer olvidar los rostros, las historias concretas de aquellas gentes que huían en la mayoría de los casos de la miseria de sus tierras. Para conjurar ese olvido, en estas líneas quiero rescatar la historia de una persona, de una cabrileña. La historia de Antonia Galera, tía abuela mía quien hizo un viaje de no retorno a su pueblo en los años 20 del siglo XX, probablemente sobre 1925.

Antonia era hija de Manuel Galera Espinosa, quien poseía una venta en el Aza de la Muela de Cabra. Manuel, había casado con Leonor con quien tuvo a Antonia y Manuel. En la Cabra de inicios del siglo XX, era una familia con una situación económica holgada, lo que permitió, aparte de alejar los infortunios, que Antonia pudiera estudiar y ser así una de las pocas mujeres del pueblo que supiera leer y escribir, al igual que su hermano, lo cual tampoco era demasiado frecuente entre los hombres de la época.

Pero el desahogo económico, no protegía de todos los infortunios. Siendo Antonia niña, su madre murió y a los pocos años su padre volvió a casarse con otra mujer de quien nació Emilio Galera, mi abuelo paterno y hermanastro de Antonia y Manuel.

Algunos kilómetros hacia el sur de Cabra, Manuel Martínez protagonizaba su propia historia en Guadahortuna. Nacido en el seno de una familia pobre, siendo un niño en el pueblo se desató una epidemia de cólera a resultas de la cual murieron sus padres. Su destino quedó marcado no sólo por la pobreza sino por la soledad, y desde pequeño, tuvo que hacer frente sólo al oficio de vivir, o más bien a la pura y dura necesidad de supervivencia. E incluso estas historias personales acaban tornándose en tragicomedias: Manuel era apodado el "Mediocolo" ya que parece ser que un burro debió equivocarse una de sus nalgas con un puñado de hierba o de paja...

En aquel entonces, Cabra era económicamente uno de los pueblos más pujantes de toda la zona, lo cual le ubicó como destino de gentes de otros pueblos sin demasiadas posibilidades de sustento. Manuel Martínez fue uno de ellos y rumbo a Cabra quiso rebelarse contra el futuro que le acechaba en Guadahortuna.

Mientras tanto, la vida de Antonia había ido transcurriendo entre atender la casa, ayudar en el negocio de su padre y en aceptar a la nueva mujer de su padre, Narcisa, con quien no parece que resultó fácil la relación. En algún momento Antonia Galera y Manuel Martínez coincidieron en las calles de Cabra. No hay ningún testimonio de cómo fue, que ocurrió, quien lanzó la primera mirada lánguida o apasionada... El caso es que se enamoraron e iniciaron un furtivo noviazgo que cuando se hizo público, no agradó a Manuel Galera. Este intentó disuadir a su hija de "ponerse novia" con Manuel Martínez ya que consideraba que su hija merecía a alguien mejor que un jornalero analfabeto.

Pero el amor no conoce a veces de profesiones ni de letras, y la pareja de enamorados, siguiendo la tradición de generar hechos consumados para consumir otros hechos y situaciones, se fugaron. No hay noticias tampoco de cómo fue ese primer saberse desde la piel, si fue hermoso, si hubo un olivo como testigo, si alguien dio cobertura a la pareja... Probablemente entra dentro de las historias que no se dicen por pudor, por intimidad, a veces por temor.

Pero siguiendo la tradición, para eso se inventaron, para seguir las; las fugas eran con billete de ida y vuelta, con lo que una vez en Cabra nuevamente no quedó más remedio que officiar la boda y a Manuel Galera, aceptar un yerno diferente al esperado, que todavía iba a ser más diferente y por lo tanto, más conflictivo para sus expectativas. Manuel era un superviviente, y a los supervivientes no les queda otro horizonte que el que está delante, el de detrás es demasiado sabido.

A los pocos años, Cabra del Santo Cristo dejó de ser horizonte vital para Manuel Martínez. Probablemente la mejora en su situación (la burguesía tiene sus discretos encantos), no fue suficiente para contentarle. Además el hecho de no tener otra familia que su mujer y los hijos que estaban naciendo, a quienes quería ofrecer otro futuro diferente a su pasado, le hizo estar más atento a las voces que llegaban de un "El Dorado" que estaba en Argentina, donde se decía, todo lo que se sembraba crecía y en abundancia.

Antonia probablemente no lo hubiera previsto pero había que seguir al marido y alejarse de paso de la mujer de su padre. Cómo no había suficiente dinero para todos los pasajes, primero marchó Manuel a Argentina con unos conocidos de Guadahortuna, entre quien cabe destacar a Manuel Aguilar (evidentemente, la diversidad onomástica no era muy frecuente en la época) Manuel Aguilar ejerció de notario de las noticias del Nuevo Mundo ya que sabía escribir y seguramente, de altavoz de las noticias que Antonia le transcribía del Viejo Mundo. Una vez llegados a Buenos Aires, tras el asombro que debía producir el Buenos Aires de la época a dos pobres jornaleros; estuvieron un tiempo trabajando en el puerto para poder subsistir y enviar remesas de dinero a las familias con las que seguir viviendo y financiar el reencuentro. En el caso de Manuel Martínez con su mujer y los tres hijos/as que ya tenían.

Cabe imaginar que la partida de Antonia de Cabra no fue fácil ni para ella ni para su padre. El, con la pena de una hija que seguramente no volvería a ver y ella con una división de afectos pero también con el peso de otros desafectos que podría tirar al mar. Manuel Galera rezumó esa pena en muchas de las cartas posteriores. Y seguramente su hijo, Manuel Galera, quien siguió la ruta de Antonia poco después y con quien haría todo el periplo argentino, le transmitiría a Antonia la pena por la hija que se fue y la rabia por el hombre que se la llevó.

Una vez que Antonia llegó a Buenos Aires y la familia se reunió, tocaba decidir dónde vivir. Atrás quedaban el Río de la Plata, el Atlántico y Sierra Mágina. Solo había un horizonte por delante, y mucha agua y un pasado por detrás. Se decía entonces que en el

norte de Argentina, había buenas tierras para el cultivo y aprovechando que en la época el Gobierno argentino permitía viajar gratis a los inmigrantes españoles, tomaron un tren hacia el norte. El viaje lo hicieron en unos años y en compañía con Manuel Aguilar y su familia, con quienes los lazos se establecieron hasta hoy en día. Entonces, encontrar un lugar en el mundo tomaba su tiempo y su importancia no era asunto de solventar con prisas ni urgencias. Primero llegaron a Tucumán, a unos 1400 kilómetros de Buenos Aires donde estuvieron algún tiempo, y posteriormente a Metán, pueblo de la provincia de Salta desde donde transcurriría la última etapa del viaje.

Tras trabajar algún tiempo en Metán, continuaron el viaje hacia el norte prometido, en donde encontrarían esas tierras fértiles en las que echar las raíces de una nueva vida. En el trayecto de este pueblo a Salta capital, una mujer viajaba en el tren con un niño de corta edad y dos niñas recién nacidas. Tras un tiempo de intercambio de miradas y algún saludo, la mujer le ofreció a Antonia quedarse con una de las recién nacidas ya que no podía mantener a las dos. Vivir también era un oficio difícil cerca del paraíso. Probablemente Antonia le inspiró confianza por verla con sus propios hijos y pensó que su hija estaría en buenas manos. Antonia dijo que sí y en Salta se despidieron. La escena probablemente no tuvo música, más bien el silencio del dolor y el alivio a la vez, y probablemente los códigos que sólo conocen las madres en tiempos difíciles. La niña se llamaba Blanca y con el único documento de una partida de nacimiento formó parte de la familia Martínez Galera hasta hoy con una edad cercana a los 80 años.

El viaje iba terminando. Ya estaba cerca el norte. En Salta tomaron el último tren y decidieron bajarse allá donde terminara la línea férrea. Ese lugar era Pichanal, cerca de Bolivia. Allá se bajaron y encontraron su lugar en el mundo, o al menos así hicieron que fuera. Un lugar con muchas y buenas tierras y escasamente poblado por los descendientes de pueblos originarios americanos y los inmigrantes que iban llegando desde Turquía, Siria, España, Italia, Alemania...

En Pichanal transcurrió la vida de Antonia y su familia. Allí nacieron sus otros cuatro hijos (tuvieron una hija pero falleció por la mordedura de una serpiente), de los cuales vive el pequeño, Julián, quien el 8 de enero de 2009 cumplirá 80 años. Allá empezaron a trabajar la tierra y a labrar un futuro que se representaba mejor que el pasado que habían dejado. Los hijos de Antonia y Manuel fueron creciendo entre la tierra del Nuevo Mundo y las imágenes del Viejo Mundo, las imágenes y las historias de Cabra del Santo Cristo y Guadahortuna. En Pichanal descansan hoy los restos de Antonia y Manuel, en la tierra mullida que buscaron para sembrar una nueva vida, que continuó con sus siete hijos/as y sus descendientes hasta llegar a unas 200 personas en la actualidad.

Antonia mantuvo el contacto con la familia de acá hasta el inicio de los años 40. Mientras había muerto su padre, Manuel Galera, y al poco tiempo, Manuel Galera hijo. Las cartas eran las transmisoras de las noticias de allá y de acá. En la memoria de mi familia, se recordaban las cartas de Antonia como algo mítico, escribía la tía que estaba más allá de todos

los horizontes imaginables. Pero la muerte de mi abuelo Emilio Galera y probablemente la situación de miseria que acompañó a la posguerra en Cabra, interrumpieron el contacto.

Pero en la Semana Santa de 2005, Liliana y Reina, dos nietas de Antonia que habían venido desandando el viaje de su abuela hacia un mundo nuevo, se acercaron a Cabra del Santo Cristo buscando referencias de los/as Galera en el pueblo. No quedaba nadie porque como tantas otras familias, los/as Galera que quedaron en el pueblo tuvieron que buscar ese otro dorado en los años 60, en este caso ubicado en el norte peninsular.

Preguntando y con la prodigiosa memoria de Eliseo y otras personas, lograron unos números de teléfono y llamaron. Tras alguna reticencia y emoción mezcladas al otro lado del hilo telefónico, se produjo el reencuentro de las dos ramas de la familia dos meses después de 60 años sin cartas.

El 13 de octubre de 2006, Julián Martínez Galera estuvo en Cabra y Guadahortuna, con Raimundo Galera Rodríguez, hijos respectivos de Antonia y de Emilio quienes se habían conocido dos días antes, Cecilia, hija pequeña de Julián y este escribano como taxista. Quizás no es fácil describir el encuentro entre los primos que se intuían pero no sabían de sus existencias. Tampoco sería fácil describir la cara de Julián al ver los paisajes, las calles que sus padres habían visto 90 años antes. Tampoco el honor de verlo y contarlo y ni la satisfacción de encontrar un trozo del pasado que sin saberlo antes, forma parte de uno. Solo puedo terminar con una palabra: gracias.